

ORGANIZACIÓN Y COSTRUMBRES DE LA IGLESIA

Años 200-300

Sencilla organización de las iglesias. — El culto cristiano. — Costumbres de los cristianos. — Los mártires de Cartago. — Orígenes. — Más persecuciones. — Cipriano. — Los novacianos. — Las catacumbas.

Sencilla organización de las iglesias.

El cristianismo entra ya en el tercer siglo de su existencia. En las dos centurias anteriores ha podido demostrar que el evangelio es el poder de Dios para dar salvación a todo aquel que cree. El heroísmo de sus mártires; el fervor común a todos sus adeptos; los argumentos irrefutables de sus apologistas; y sobre todo, la vida santa de los cristianos, han producido en el mundo una impresión que todos los siglos y todas las persecuciones no podrán borrar. El paganismo se siente amenazado, y su flaqueza se hace cada vez más manifiesta ante el empuje triunfal del evangelio. La lucha durará siglos, sin embargo, y los discípulos del crucificado continuarán dando testimonio de su fe y declarando al mundo "que Dios manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan".

En el primer siglo, y también en el segundo, las iglesias eran pequeñas repúblicas. No existía en ellas un sacerdocio como en el templo, sino una verdadera democracia semejante a la que regía las sinagogas. Los obispos y diáconos eran elegidos por el voto de los que componían las iglesias. Para reemplazar a Judas, se convocó a todos los hermanos, y se pidió el consentimiento general. Cuando se eligieron los siete diáconos en Jerusalén, toda la asamblea tomó parte en ese acto. Para designar los ancianos se acudía al voto de los hermanos, y no hallamos ningún asunto que sea resuelto por autoridad de arriba, sino mediante la participación de los directamente interesados. Los cargos de pastor y diácono no revestían ningún carácter clerical. "Nacidos de las necesidades, a medida que éstas se manifiestan —dice Pressensé— estos cargos tienen un carácter representativo, son ministerios para servir y no un sacerdocio para dominar". En las iglesias había profetas que predicaban y doctores que enseñaban, pero todos los miembros tenían libertad de hacer uso de la palabra cuando se sentían impulsados a dar algún mensaje espiritual.

La igualdad de pastores era absoluta. Los términos del *obispo* y *presbítero* o *anciano* se daban a la misma persona y designaban el mismo cargo. (Hechos 20: 17 y 28). Había varios obispos en una sola iglesia o congregación (Fil. 1: 1) y no un obispo para vigilar muchas iglesias. La idea de obispos con jurisdicción en una provincia o país les era del todo desconocida.

Pero ya en el segundo siglo hallamos los gérmenes del episcopado, que aparece como cosa casi general en el tercero. Al lado del episcopado vemos crecer las ideas sacerdotales que producirían una lamentable degeneración del cristianismo. La doctrina de la justificación por la fe, "madre de todas las libertades y fundamento de la igualdad religiosa", empezó a ser descuidada. El legalismo avanza y ya se nota en los escritores del segundo siglo que no entendían tan radicalmente como Pablo, la diferencia entre el viejo y el nuevo pacto. La confusión de la ley y la gracia no podía menos que ser funesta en sus últimos resultados. La religión del Antiguo Testamento es ceremonial, y si entraba a formar parte del sistema cristiano quedaba abierta la puerta del ceremonialismo; es una religión de familia, por lo tanto su confusión con el Nuevo Testamento ayudaba al pedobautismo, que abría las puertas de las iglesias a las multitudes inconversas; es sacerdotal, de modo que los que la miraban como abolida solamente en parte, no podían sentirse sino predispuestos a dar al cristianismo el mismo carácter, matando así paulatinamente la doctrina evangélica del sacerdocio universal de los creyentes. Oigamos de nuevo a Pressensé: "El sacerdocio universal no se mantiene en toda su amplitud, en práctica como en teoría, sino cuando el sacrificio redentor de Cristo es aceptado sin reservas como el principio de la salvación universal. Él no es el único sacerdote de la iglesia si realmente no ha cumplido todo sobre la cruz, no dejando a sus discípulos sino el deber de asimilarse su sacrificio por la fe, para ser hechos sacerdotes y reyes en el y por él.

Si todo no fue consumado en el Calvario; si la salvación del hombre no está cumplida, estamos nuevamente separados de Dios; no tenemos ya más libre acceso a su santuario y buscamos mediadores y sacerdotes que presenten la ofrenda en nuestro lugar. Cuando el cristianismo es mirado más bien como una nueva ley que como una soberana manifestación de la gracia divina, nos deja librados a nuestra impotencia, a nuestra indignidad, a nuestros interminables esfuerzos, a la necesidad de expiaciones parciales. No somos ya más reyes y sacerdotes, volvemos a caer bajo el yugo del temor servil. La jerarquía se aprovecha de todo lo que pierde la confianza filial en la infinita misericordia que hace inútiles todos los intermediarios de oficio entre el penitente y Dios".

Si los cristianos hubieran permanecido siempre con la mirada totalmente fija en la cruz del Calvario, reconociendo que fue completa y perfecta la obra que en ella consumó el Cristo, no tendríamos que lamentar los males incalculables producidos por el sacerdotalismo y por las jerarquías eclesiásticas.

A principios del siglo tercero las iglesias ya habían abandonado, en parte, su forma primitiva de organización. Sin embargo seguían siendo ellas las que elegían a sus ancianos, aunque a uno de éstos le daban el título de obispo y le consideraban director de los demás

ancianos. Pero toda iglesia pequeña o grande tenía aún su obispo, y éste era elegido no por elementos extraños a la congregación, sino por la congregación misma. La *Constitución* de las iglesias coptas dice: "Que el obispo sea nombrado después de haber sido elegido por todo el pueblo y hallado irreprochable".

La distinción entre los pastores y los miembros empezó a ser más pronunciada. A los primeros se les llamó *clérigos* y a los segundos *legos*. Esta distinción no existía al principio. Es extraño que Tertuliano, el gran campeón de las reivindicaciones del pueblo cristiano, y fogoso opositor del clericalismo, haya sido el primer escritor que usó la palabra clero para designar a los que tenían cargos especiales en las iglesias, aunque no la usó con todo el sentido que tiene en estos tiempos.

Después del obispo y los ancianos, los diáconos ocupan el tercer lugar entre los siervos de las congregaciones. El oficio de diácono varió muy poco de lo que fue en las iglesias que figuran en el Nuevo Testamento. Su misión principal consistía en velar por las necesidades materiales de la iglesia, no sólo en los gastos que ocasionaban sus instituciones y obreros sino también en atender a las necesidades temporales de los miembros. Los ancianos, las viudas, los enfermos, y todos los hermanos imposibilitados para el trabajo eran atendidos por la iglesia. Sin renunciar a la propiedad privada, cada cristiano vivía no para sí, sino para todos. Pertenece a los diáconos el velar sobre estos asuntos, a fin de que los ancianos pudiesen dedicarse completamente a la oración y a la palabra. Los diáconos visitaban a los enfermos y administraban los asuntos temporales. Eran hombres caracterizados por su piedad y aptitudes para este oficio. En los cultos eran los que pasaban de mano en mano el pan y el vino de la comunión, y asistían a los hombres en el acto del bautismo. Ayudaban en la obra espiritual con sus consejos y amonestaciones. Se les tenía en gran estima. Cuando eran consagrados a este oficio, la iglesia oraba para que el espíritu de Esteban cayese sobre ellos, como el manto de Elías sobre Eliseo.

Otro cargo que llegó a ser de mucha importancia fue el de los *anagnostai*, o lectores, quienes estaban encargados de leer las Sagradas Escrituras al pueblo cristiano. Debemos recordar que los libros eran muy escasos y que muy pocos sabían leer, en comparación con los tiempos modernos. La existencia de este oficio demuestra que la lectura de la Biblia ocupaba un lugar prominente en el culto cristiano y enseñanza de los miembros de las iglesias. Se exigía para ocupar este puesto una conducta ejemplar y digna de la misión que iban a desempeñar.

Las diaconisas ya mencionadas en el Nuevo Testamento (Rom. 16:1) eran numerosas en los siglos segundo y tercero. Su misión era para con las personas de su sexo la misma que la de los diáconos: visitar las enfermas, enseñar a las recién convertidas y velar sobre su

conducta. Es así como el cristianismo elevó a la mujer dándole una misión importante que cumplir en la vida. Se requería para ser diaconisa tener sabiduría y buena reputación entre los de afuera.

Al lado de las diaconisas estaban las ancianas, que en muy poco diferían, salvo en que la misión de estas últimas era más bien de carácter espiritual, mientras que la de las primeras era sobre cosas temporales especialmente.

En la mesa de la comunión los fieles depositaban sus donativos según el Señor los había prosperado. Estos fondos los administraba la iglesia por medio de sus diáconos. Tertuliano decía: "Cada uno como puede. Estas ofrendas libres de la piedad no se gastan en festines, sino que se consagran para alimentar a los pobres, los huérfanos, los esclavos viejos; para socorrer a los náufragos, a los desterrados en las minas y en las islas lejanas".

Indudablemente que muchos de los pastores eran sostenidos por las contribuciones de los miembros, pero no era costumbre fija ni general. La mayor parte de ellos seguían ocupándose en sus oficios y ganando así el sustento para sí y sus familias a la vez que servían gratuitamente a las iglesias. La idea de que el ministerio cristiano es incompatible con el desempeño de un oficio secular no existía entonces. Los que dejaban su trabajo y aceptaban ser sostenidos totalmente o en parte por las iglesias, lo hacían con el único fin de estar más libres para ocuparse en la obra para la cual eran llamados.

La recepción de miembros.

"El rasgo esencial de las instituciones de la iglesia en el segundo siglo —dice Pressensé— es el de exigir de sus miembros una adhesión seria a su creencia, y el velar para que no la desmientan con su conducta .. Ella sabe bien que no es la antigua teocracia que abarcaba a todos los hijos de Abraham marcándolos con un signo exterior; no es el nacimiento natural el que hay que tener en cuenta en la sociedad espiritual, sino lo que sus libros sagrados llaman nuevo nacimiento, esta formación de un nuevo corazón y de un nuevo espíritu que no puede ser producido por ninguna ceremonia, ni transmitido por la sangre. *Non nascuntur, sed fiunt christiani*: uno no nace cristiano, es hecho. Este gran dicho de Tertuliano es el alma de la organización eclesiástica en el segundo siglo".

En el siglo apostólico los que se convertían eran bautizados inmediatamente después, y pasaban así a formar parte de la iglesia, dentro de la cual seguían aprendiendo la doctrina y fortaleciéndose diariamente por medio de la enseñanza que impartían los hermanos que pastoreaban el rebaño.

En el siglo segundo, hallamos que los que golpeaban las puertas de las iglesias tenían que recibir un grado de instrucción antes de ser admitidos. La persecución había hecho que las

iglesias se viesen en la necesidad de usar mucha cautela respecto a la recepción de nuevos miembros. Los candidatos eran presentados a los ancianos, quienes los sometían a un minucioso examen, y si hallaban la aprobación de éstos, eran admitidos en la categoría de catecúmenos. Durante dos o tres años, recibían instrucción, y si daban pruebas evidentes de conversión, haciendo frutos dignos de arrepentimiento, y apartándose radicalmente de las costumbres licenciosas de la vida pagana, eran admitidos al bautismo.

Pressensé, al tratar de la vida eclesiástica, religiosa y moral de los cristianos en los siglos segundo y tercero, dice:

"La celebración del bautismo era una de las ceremonias más imponentes de la antigua iglesia. Parece que era todavía muy simple en el primer tercio del segundo siglo, en tiempos de Justino Mártir. Se encuentran bien las formas esenciales del rito, en el cuadro que nos traza, pero están poco sujetas a reglas fijas y descartan toda influencia sacerdotal." "Los que —dice Justino— con plena persuasión han creído que los que les hemos enseñado es conforme a la verdad, y han declarado poder llevar una vida cristiana, son invitados a unir el ayuno a la oración para pedir a Dios el perdón de los pecados que han cometido, y nosotros también ayunamos y oramos con ellos. Los llevamos en seguida a un lugar donde encontramos agua y reciben la regeneración como la hemos recibido nosotros; porque somos sumergidos en el agua en nombre de Dios, Padre y Soberano de todas las cosas que existen, de Jesucristo nuestro Salvador, y del Espíritu Santo." El bautismo así comprendido no puede asimilarse a la regeneración misma; es cierto que no la produce de una manera mágica, y que esta identificación del signo y la cosa representada con expresiones tal vez imprudentes, no tiene ninguna importancia. El neófito ya está moral-mente renovado cuando se acerca al río en el cual será sumergido. Ha confesado su fe y se ha declarado capaz de entrar en la nueva vida, lo que implica que ya la posee. Justino Mártir nos lo muestra preparado por una instrucción preliminar para el gran acto que va a realizarse. Tocante al acto mismo, en su tiempo, no está sujeto a fechas fijas. La cosa importante es la condición moral de la fe suficiente. No se celebra tampoco en un lugar determinado. Como Lidia, la vendedora de púrpura convertida por San Pablo en Filipos, el neófito es sumergido en el arroyo vecino. En fin, el principal oficiante no es un sacerdote especial, que no existe, sino la iglesia misma, orando y ayunando con el catecúmeno. Ella tiene la conciencia de presidir enteramente su bautismo, aunque, muy ciertamente, sus ancianos y sus diáconos figuran en la ceremonia como sus representantes. Justino Mártir, que es un laico, habla en su nombre como en nombre de todos sus hermanos, cuando dice: "Conducimos a los catecúmenos a un lugar donde hay agua". Esta inmersión y la bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo, parece que eran los únicos ritos del bautismo en esta época. Conserva todavía su carácter primitivo».

A las palabras ya citadas añadamos éstas del célebre Bunsen, extraídas de su magistral obra sobre Hipólito y su tiempo, quien al hablar de la recepción de miembros mediante el bautismo por inmersión, dice: "La antigua iglesia tenía por regla exigir tres años para esta preparación, cuando el judío o pagano que se presentaba era hallado capaz y digno de ser admitido; para los hijos de los cristianos existía la misma obligación, salvo que el tiempo de preparación se abreviaba según las circunstancias. El bautismo de los niños en el sentido moderno, es decir como bautismo de párvulos, donde los padres o padrinos hacen compromisos en lugar del niño, este bautismo era completamente desconocido a la antigua iglesia, no sólo hasta fines del segundo siglo, sino hasta mediados del tercero".

El culto cristiano.

En el primer siglo, la cena del Señor era el centro del culto cristiano. Los fieles se reunían con el objeto de conmemorar, por medio del rompimiento del pan, la muerte expiatoria del Hijo de Dios.

La reunión era del todo fraternal. Los pastores que actuaban no asumían ningún carácter clerical ni sacerdotal, sino que se tenían a sí mismos como encargados por el Espíritu Santo para exhortar y enseñar la doctrina de Jesucristo. Todos tomaban libremente parte en el culto, ya dirigiendo la palabra, ya orando, ya indicando algún salmo o himno para ser entonado por todos. El que presidía el culto no lo monopolizaba, sino que estaba ahí para cuidar del buen orden del mismo.

En los siglos segundo y tercero el culto conserva aún este carácter, aunque ya se siente amenazado por el clericalismo de algunos obispos y por el espíritu ceremonial.

La cena no era un sacrificio. Los cristianos no habían olvidado el carácter conmemorativo de esta ordenanza. No se creía en lo que se llama la presencia real en los elementos componentes. El pan era un emblema del cuerpo de Cristo y el vino lo era de su sangre. Ambas especies eran tomadas por todos indistintamente, pues no había diferencia entre los hermanos.

La lectura de las Escrituras era una parte importante del culto. Como no existía la división de capítulos y versículos, a menudo se leían libros enteros en una sola reunión, mayormente si se trataba de una Epístola. El Antiguo Testamento era recibido como divinamente inspirado. No existía lo que hoy llamamos "Canon del Nuevo Testamento. Cada libro era una obra completa en sí. Se aceptaban por su contenido y no por autoridad

externa; así vemos que el *Pastor de Hermas* y la *Epístola de Bernabé* eran leídos en las asambleas.

Después de la lectura seguía la predicación, la cual era un desarrollo o explicación práctica de la porción leída, al estilo de la que se hacía en las sinagogas judías. En los tiempos de persecución la predicación se empleaba para dar ánimo a los hermanos a fin de que en la hora de la prueba se hallasen fuertes. En épocas señaladas el discurso tenía por objeto recordar los sufrimientos y valor de los mártires y confesores. Entonces se exhortaba a imitar las virtudes de los que habían sido fieles hasta la muerte.

La controversia no les era desconocida. Se llamaban sermones apologéticos aquellos que tenían por objeto enseñar a los catecúmenos las verdades de la fe que iban a profesar públicamente y que con tanta frecuencia tendrían que defender ante los ataques del paganismo. Esta clase de discursos nunca entraba en el culto propiamente dicho.

El canto era también una parte importante del culto. Se cantaban *Salmos*, es decir, los del Antiguo Testamento, e himnos compuestos por los cristianos y que hacían referencia más directa a las verdades de la gracia del Nuevo Pacto. Los instrumentos musicales eran desconocidos en las reuniones de las iglesias durante los primeros siglos. El canto era del todo sencillo, tanto en la música como en la letra. Reproducimos aquí, en toda su simplicidad y grandeza, dos cánticos que remontan a la época que nos ocupamos y que son citados por Busen. Se cree que son los más antiguos que se conservan:

HIMNO DE LA MAÑANA

Gloria a Dios en las alturas,

Y en la tierra paz,

Buena voluntad para con los hombres.

Te alabamos,

Te alabamos,

Te damos gracias

Porque grande es tu gloria.

[Oh, Señor, nuestro rey celestial!

Dios, Padre todopoderoso,

Señor Dios.

Cordero de Dios,

Hijo del Padre,

Que quitas los pecados del mundo.

¡Ten piedad de nosotros!

¡Escucha nuestra oración!

[Tú que estás sentado a la diestra del Padre!

Porque sólo tú eres santo,

Único Señor,

¡Oh Jesucristo!

(A la gloria de Dios el Padre!

Amén.

HIMNO DE LA NOCHE

Hijos, cantad al Señor,

Cantad al nombre del Señor.

Te alabamos, te celebramos, te bendecimos

Porque grande es tu gloria

¡Oh Señor, rey nuestro, Padre del Cristo!

Cordero sin defecto que quitas los pecados del mundo,

Eres digno de alabanza,

Eres digno de ser aclamado,

Eres digno de gloria, Dios y Padre.

Por tu Hijo en el Espíritu Santo.

Por los siglos de los siglos.

Amén.

La oración era una de las partes esenciales del culto. Los cristianos se reunían no tanto para oír hablar *de* Dios, como para hablar *con* Dios. El lenguaje de la oración era austero evitándose toda retórica innecesaria. Las oraciones estaban llenas del lenguaje de las Escrituras, especialmente de los Salmos y Profetas. Las oraciones no eran largas, evitándose toda vana repetición. La oración pertenecía a toda la asamblea y era dirigida en una lengua inteligible.

Estas eran las características del culto primitivo, según resulta de los escritos de los autores de aquella época. En todo prevalecía la simplicidad. Dios era adorado en espíritu y en verdad, sin los ritos, ceremonias, y pompas que caracterizaban al culto pagano.

En todo culto, antes de distribuirse el pan y el vino de la comunión, todos se daban el beso de paz; los hombres a los hombres y las mujeres a las mujeres. Basta recordar esta costumbre piadosa para formarse una idea del amor que unía a todos los que eran hermanos en Jesucristo.

Literatura cristiana del segundo siglo.

La literatura cristiana del primer siglo que ha llegado hasta nosotros, es la que compone el Nuevo Testamento. Esto no significa que fueron los únicos libros escritos por los cristianos de aquel período, pues circulaban otros Evangelios y Epístolas, ya anónimamente, ya llevando el nombre de sus autores.

Respecto a la literatura del segundo siglo, ya hemos mencionado las obras de Ignacio de Antioquia, de Ireneo, de Tertuliano, al dar cuenta de la vida de estos hombres. Pasemos ahora a hacer un ligero repaso de estos libros de aquel siglo que han sido conservados hasta la época presente y que son de inestimable valor para conocer el pensamiento cristiano que dominaba entonces.

La didache. Este libro es probablemente el más antiguo después de los escritos apostólicos. Algunos lo hacen remontar a los últimos años del primer siglo; pero es más aceptable la idea de que haya sido escrito a principios del segundo. El erudito obispo Lightfoot le atribuye una gran antigüedad basándose en que "el episcopado aparentemente no se había hecho universal, la palabra obispo es todavía sinónima de presbítero". *La Didache* está dividida en dos partes. La primera que lleva el título "El

camino de la vida y el camino de la muerte", contiene una enumeración de los deberes morales relacionados con la vida cristiana y advertencias acerca de los pecados que conspiran contra la piedad. La segunda parte, que es la más importante, trata de las ordenanzas del bautismo y de la cena, sobre el modo de honrar en la iglesia a los que tienen el don de enseñar, y da instrucciones acerca de los actos del culto en el día del Señor y sobre la elección de obispos y diáconos. Es muy importante notar en este antiguo documento, la absoluta ausencia de ceremonialismo y sacramentalismo, que aparecen en siglos posteriores y la igualdad de los pastores, lo que demuestra que la jerarquía en las iglesias era desconocida. *La Didache* es llamada también *Doctrina de los Doce Apóstoles*. Era conocida de los padres primitivos, pero se perdió durante varios siglos. Felizmente fue hallada por un sacerdote griego, Fileteo Bryennios, en el año 1883, en la Biblioteca Patriarcal de Constantinopla, en un manuscrito griego que contenía también otras obras antiguas y de mucha importancia. Desde entonces se han hecho varias ediciones en el original, y traducciones al alemán, al inglés y al francés.

Epístola de Bernabé. Orígenes y Clemente de Alejandría atribuían este escrito al compañero de San Pablo que figura en los Hechos, pero la crítica está casi unánime en creer que fue compuesto por algún otro cristiano del mismo nombre. Se cree que su composición data aproximadamente del año 100, pero algunos la hacen remontar unos treinta años antes, y otros a unos veinte años después. El célebre manuscrito de la Biblia llamado Sinaítico, que fue hallado por Tischendorf en el año 1859, contiene esta Epístola al fin de los libros del Nuevo Testamento. Hace muchas referencias a las Escrituras, y en algo se asemeja a la Epístola a los Hebreos, pero lleva la interpretación alegórica a un terreno inaceptable a los buenos intérpretes, lo que le quita mucho de su mérito.

Epístolas de clemente. La primera de estas Epístolas se atribuye a Clemente de Roma, y en tal caso pertenecería al siglo primero. Está dirigida a los Corintios, y de su lectura se desprende que la iglesia se sentía aún azotada por cismas y otros problemas de la misma índole de los que motivaron la composición de las Epístolas de San Pablo a esa iglesia. Abunda en citas del Antiguo Testamento, pero a veces son hechas con muy poco acierto. Para demostrar la resurrección, entre algunos argumentos de valor, se encuentra una mención de la leyenda del fénix fabuloso.

La segunda de estas Epístolas tiene más bien el carácter y forma de un sermón escrito. Es, según Lightfoot, "el primer ejemplo de una homilía cristiana". El estilo, siendo muy diferente del de la otra carta, demuestra, según muchos críticos, que no es obra del mismo autor.

Estas dos Epístolas se hallan junto con los demás libros del Nuevo Testamento, en el manuscrito Alejandrino, lo que hace suponer que eran leídas en las reuniones de las iglesias.

Obras de papías. Papías, presbítero de Hierápolis fue, según Ireneo, "oyente de Juan y compañero de Policarpo". Su obra literaria consistió en una *Exposición de los Oráculos del Señor*, de la cual sólo existe una pequeña parte. El profesor Chanteris dice "que sería un gran acontecimiento para la crítica bíblica si los cinco libros de Papías que se han perdido, fuesen hallados en alguna biblioteca, pues no es imposible que existan aún". Papías no era un gran genio, pero el fragmento de su obra que se conserva, demuestra que era un hombre poderoso en las Escrituras. Su testimonio en favor de la autenticidad de los libros que componen el Nuevo Testamento es de grande importancia. "Ha transmitido —dice Godet— datos preciosos sobre los orígenes de nuestros dos primeros Evangelios".

El pastor de hermas. Este libro gozaba de mucha popularidad en los primeros siglos. Ha sido llamado *El Peregrino* de las iglesias primitivas. Erróneamente se creía que su autor era el Hermas que nombra San Pablo en Romanos 16: 14. Se conocía en los tiempos modernos en su traducción latina, pero el original griego, o parte del mismo, fue hallado en el manuscrito Sinaítico, lo que demuestra que tenía general aceptación y que era leído en las iglesias. Ireneo lo clasifica de "*Escritura*", y Clemente de Alejandría y Orígenes, creían que era divinamente inspirado. Parece que hubo muchos que pensaban lo mismo. Fue compuesto probablemente a mediados del siglo segundo, pero no se conoce su autor, aunque es probable que se llamase Hermas. El libro relata una serie de visiones, que no se sabe si las tuvo realmente el autor, o si las empleó como simples auxilios literarios. En estas visiones aparecen personajes imaginarios que sostienen diálogos con el autor. El principal es "un hombre de aspecto glorioso vestido de pastor" El libro es muy poco doctrinal pero contiene muy buenas ilustraciones de la vida práctica del cristiano, y exhortaciones a velar contra los pecados de la carne. Contiene también muchas imágenes simbólicas: montañas, rocas, árboles, etc. y principalmente una torre maravillosa, emblema de la iglesia de Cristo.

Las Costumbres de los cristianos.

Nada impresionaba tanto al mundo como la vida santa y costumbres limpias que caracterizaban a los cristianos. Sabemos que la sociedad pagana había llenado la copa de sus abominaciones. Los edictos de algunos emperadores que quisieron detener el avance de la corrupción, no dieron resultado, ni tampoco tuvieron éxito los filósofos que querían hacerlo por medio de la ética. Lo que necesitaba el mundo no era una moral escrita sobre pergaminos, sino un poder capaz de matar las malas pasiones, y crear aspiraciones nobles

y obras saludables. Los cristianos poseían ese poder en el evangelio. Cristo vivía en ellos, y el Espíritu que les guiaba les permitía andar en una pureza que los paganos nunca llegaron ni a imaginar. Una de las cosas que el cristianismo hizo en aquellos días fue la de elevar el carácter y dignidad de la mujer. Entre los paganos la mujer era sólo un mueble bello. Entre los cristianos se sienta al lado del hombre en las asambleas, participa del mismo pan en la comunión, toma parte activa en la obra de la iglesia, y cuando llega la hora del martirio, desciende a la arena con tanto heroísmo como el hombre, o aun mayor.

El matrimonio. Cuando una mujer se convertía, siendo ya casada, y su marido quedaba alejado de la fe, se enseñaba a la esposa cristiana a permanecer fiel a su esposo y a procurar ganarlo por medio de una conducta sana, que siempre tiene más influencia que los argumentos. Pero tratándose de mujeres no casadas, se les enseñaba que no debían contraer enlace con los inconversos. A veces llegaban hasta a excluir del seno de las iglesias a las que faltaban en este punto.

Los matrimonios mixtos: Tertuliano era muy radical en contra de los matrimonios mixtos, y escribió combatiendo tales uniones, que eran muy raras en aquel entonces, cuando la sima que separaba al mundo de las iglesias era aun más profunda que en estos días. Muestra Tertuliano las dificultades a que se exponía la virgen que se casaba con un pagano. No podrá dejar el techo conyugal para reunirse con sus hermanos; tendrá que oír las canciones y palabras profanas de su marido inconverso; tendrá que preparar banquetes de un estilo repugnante a los que conocen al Señor; para agradar a su marido tendrá que aparecer vestida como no es lícito a santos, y muchas otras cosas más. Es vender el alma al consentir el casamiento.

Pero la unión de dos seres que aman al mismo Señor es tenida por honrosa. Aunque no había lo que hoy llamamos matrimonio religioso, toda la iglesia tomaba parte en la celebración de la boda. No que fuese un sacramento ni una ocasión para exhibir lujo, sino un momento solemne en el que se debía implorar la bendición de Dios sobre los desposados.

El padre. El padre y esposo cristiano era el jefe pero no el déspota y tirano de la casa. Usaba de toda consideración para con los suyos, y todos sus actos tenían que estar reglamentados por el amor. Leónidas, el padre de Orígenes, ha pasado a la historia como un buen ejemplo de padre cristiano. A él debe su ilustre hijo todo lo que fue. El mismo cuidaba de la educación de su hijo. Todos los días le leía las Sagradas Escrituras y le hacía aprender de memoria un trozo de ellas. Después de la lectura hablaban un rato sobre lo que habían leído, para buscar compenetrarse del sentido y robustecer la mente y el corazón con este conocimiento.

La madre. La madre cristiana era la verdadera gloria del cristianismo. Ella es la que hacía del hogar un verdadero santuario. Su misión era todo lo que concernía al cuidado de la familia; tejía con sus manos la ropa con que se cubrían ella, su esposo y sus hijos; se adornaba con el manto precioso de la modestia; hacía de la casa el albergue del peregrino y de todo hermano que llegaba de otros puntos; recibía con tierna y santa sonrisa al esposo que llegaba al hogar después de largas horas de trabajo; y unidos en un doble amor, ofrecían juntos al Padre celestial el incienso de sus oraciones que hacían arder en el altar de sus corazones. La madre era la eficaz colaboradora en la tarea de criar los hijos. El *Pastor de Hermas* demuestra que se exigía a éstos una obediencia y disciplina ejemplares. A los cinco o seis años, los niños ya enseñados en los mandamientos del Señor estaban en condición de aspirar a ser reconocidos como catecúmenos y empezar a recibir en la iglesia una enseñanza que les prepararía para ingresar en la milicia cristiana. De estos hogares, saturados con el perfume de la santidad evangélica, se levantarían los futuros testigos, mártires y apologistas.

El vestido. La modestia de los cristianos debía hacerse manifiesta aun el modo de vestir. Esto se aplicaba especialmente a la mujer, que siempre ha sido la más expuesta a la tentación del lujo. Las joyas estaban proscriptas de la vestidura femenina. Los trajes llamativos e indecorosos, comunes a las mujeres paganas, eran detestados. Las cristianas se vestían con suma sencillez. Esto no implicaba un desprecio a lo bello. Por lo contrario; Clemente favorece a los vestidos blancos, símbolos de la pureza y ataca el uso de los vestidos llamativos que cuadran más bien con las pompas de un espectáculo que con el testimonio del cristiano.

La moderación. En aquellos días de orgías inmorales y excesos de intemperancia, los cristianos daban testimonio de la nueva vida renunciando a los banquetes y comidas exquisitas. No es porque fuese para ellos ilícito comer o dejar de comer tal o cual cosa, porque "el reino de Dios no es comida ni bebida", sino porque tenían preocupaciones más serias que las referentes a estas cosas. Una comida modesta, con acción de gracias, valía más que los toros engordados que hacían el deleite de los glotones. No por esto la mesa cristiana carecía de sus horas de inocente alegría; alegría pura que nace del amor y no del exceso del vino. Los *Ágapes*, fiestas de amor, que acostumbraban celebrar los cristianos, ya en familia ya en la congregación, ofrecían momentos de solaz y expansión inocente a los hermanos, sin necesidad de entregarse a la glotonería y bebidas embriagantes. Eran comidas sencillas, como lo atestigua Plinio el Menor, en las que, entre cánticos y ósculos de paz, se manifestaba el amor puro que los vinculaba.

La vida pública. San Pablo enseñó que el Estado era una institución divina. Esto no debe confundirse, como ha sido hecho por algunos, con el pretendido derecho divino de los monarcas. No quiere decir tampoco que el gobernante A., B. o C., o el rey Fulano I o Mengano II sea un ungido celestial. Lo que San Pablo quiso enseñar es que la sociedad debe vivir regida por autoridades que impidan a los malos ser perjudiciales a sus semejantes, que los que desempeñan estas funciones deben ser respetados, porque hacen una obra que Dios aprueba. Esta doctrina del apóstol demuestra que la vida civil es compatible con la profesión de cristiano. En los primeros siglos, y especialmente en tiempos de Diocleciano, había muchos cristianos que ejercían funciones gubernativas.

La cuestión del servicio militar era ya otro problema que ofrecía más dificultades. Surgía entonces, como ha surgido muchas veces, y surge aún ahora, esta pregunta: ¿es lícito al cristiano seguir una carrera que le obliga a matar a su prójimo? Sabemos que los militares que se convertían, Cornelio, por ejemplo, no abandonaban su carrera para incorporarse a la iglesia, sino que eran recibidos en su seno a pesar de ser militares, pero es evidente que el militarismo era repugnante a los sentimientos pacíficos de los cristianos. La religión del príncipe de la paz no podía ser favorable a la guerra. El que adoraba a Cristo no podía adorar a Marte. Justino Mártir decía: "Nosotros, que en otro tiempo estábamos llenos de pensamientos guerreros, de crímenes y maldades, hemos, en todo el mundo, transformado nuestras espadas en palas, y nuestras lanzas en instrumentos de agricultura". Tertuliano se oponía enérgicamente al militarismo diciendo que las glorias y coronas del ejército eran ganadas produciendo el duelo de esposas y madres, y que el cristiano no podía servir de instrumento para hacer sufrir a los cautivos. En Egipto, las iglesias seguían esta regla: "Que el catecúmeno o el fiel, que quiera ser soldado, sea excluido". Algunos cristianos, como Maximiliano, en Argelia, llegaron hasta el martirio antes que aceptar el servicio militar.

Las diversiones. En la época de que nos ocupamos, las diversiones estaban divididas entre el teatro y el circo. El primero era una escuela de inmoralidad, y el segundo de crueldad. Los cristianos no podían pactar con estas cosas, y no sólo que se apartaban de ellas, sino que les declaraban una guerra a muerte. No eran enemigos del arte ni de lo bello, pero cuando estas cosas, buenas en sí, se empleaban como medios de corrupción, no vacilaban en rechazarlas.

El teatro, que en los buenos días de Grecia, había alcanzado a ser, hasta cierto punto, un elemento de cultura estética y artística, no tenía nada de esto en Roma, donde las representaciones eran obscenas, casi siempre sobre los amores de Júpiter o las voluptuosidades de Venus.

El circo, que existía en cada ciudad importante, era el gran atractivo de aquellos tiempos. El de Roma tenía asientos para decenas de miles de espectadores. Los gladiadores que se batían, eran a veces profesionales, pero la mayor parte eran infelices condenados a muerte, o cautivos traídos de las conquistas, o esclavos que eran llevados a morir luchando miserablemente en presencia de una multitud de espectadores sanguinarios. Marco Aurelio tuvo que prohibir la venta de esclavos destinados al circo, pero no consiguió prohibir que los propios dueños los llevaran a luchar con las fieras. Eran miles de infelices que morían en la arena para apagar la sed de sangre y de espectáculos que devoraba a los romanos. Del África traían leones que largaban hambrientos para despedazar a los que combatían en el circo.

Los cristianos rompían con este género de diversiones, y oponían a ellas el ejemplo de su perfecta mansedumbre.